



**VISITA DEL PAPA FRANCISCO
A LA COMUNIDAD DE SANT'EGIDIO
Roma, 15 de junio de 2014**

Intervención de Jean Kawak, arzobispo siroortodoxo de Damasco

Vengo de Siria, Santidad. Traigo conmigo, en mis ojos y en mi corazón, el sufrimiento de un pueblo rehén de la guerra, prisionero de una situación bloqueada.

El pueblo sirio es prisionero del mal. Del mismo modo que son prisioneros nuestro metropolitano Mar Gregorios Yohanna Ibrahim y el obispo grecoortodoxo Paul Yazigi, amigos de esta Comunidad. Son prisioneros muchos sacerdotes – pienso en el padre Paolo Dall'Oglio, en los padres Maher Mahfuz y Michel Kayyal– y laicos. Damos las gracias a todos aquellos que continúan rezando por ellos con fe e insistencia, como se hace en esta basílica cada tarde desde hace más de un año; esperamos la buena noticia de su liberación.

Traigo el saludo de Su Santidad el Patriarca Ignacio Efrén II, que en estos momentos está en el norte de Irak para sostener con su presencia a los cristianos y a la población que vive un tiempo difícil.

Todos los sirios sufren, y entre ellos también muchos cristianos. Muchos se ven obligados a irse. Todo el pueblo está asustado, no tiene nada que comer, no tiene un techo, no tiene trabajo. Millones de hombres, mujeres y niños han tenido que huir de sus casas. El asedio que ha sufrido la ciudad de Alepo, el hambre y la sed que han sufrido sus habitantes, la amenaza sobre sus vidas que han soportado durante meses, son el símbolo de la noche en la que ha caído todo el país. ¡Hago un llamamiento por Alepo!

"¿Cuánto queda de la noche?", nos preguntamos con Isaías... Los creyentes no nos resignamos a la oscuridad del mal. No somos gente de la resignación o de la desesperación. Los cristianos son el pueblo de la fe y de la esperanza. La esperanza no defrauda. Lo vimos en septiembre, cuando lo que parecía un destino, el destino de otra guerra y de más muertos, cambió por la iniciativa que usted, Santidad, tomó. La oración unánime de muchos cambió el curso de la historia. Y lo sentimos también hoy. Cada vez que oigo el llamamiento a la oración del almuecín y poco después las campanas de nuestras iglesias, entonces estoy seguro de que la Siria de la paz y de la convivencia volverá a existir.

También ante un escenario bloqueado la oración dibuja un horizonte distinto, de esperanza y de salvación. ¡Pero hay que hacer más por la paz! La gente muere: más de 160.000 personas han perdido la vida. El pueblo sufre demasiado. Le pido una vez más y a todos ustedes que se acuerden en sus oraciones de Siria y de su pueblo.